

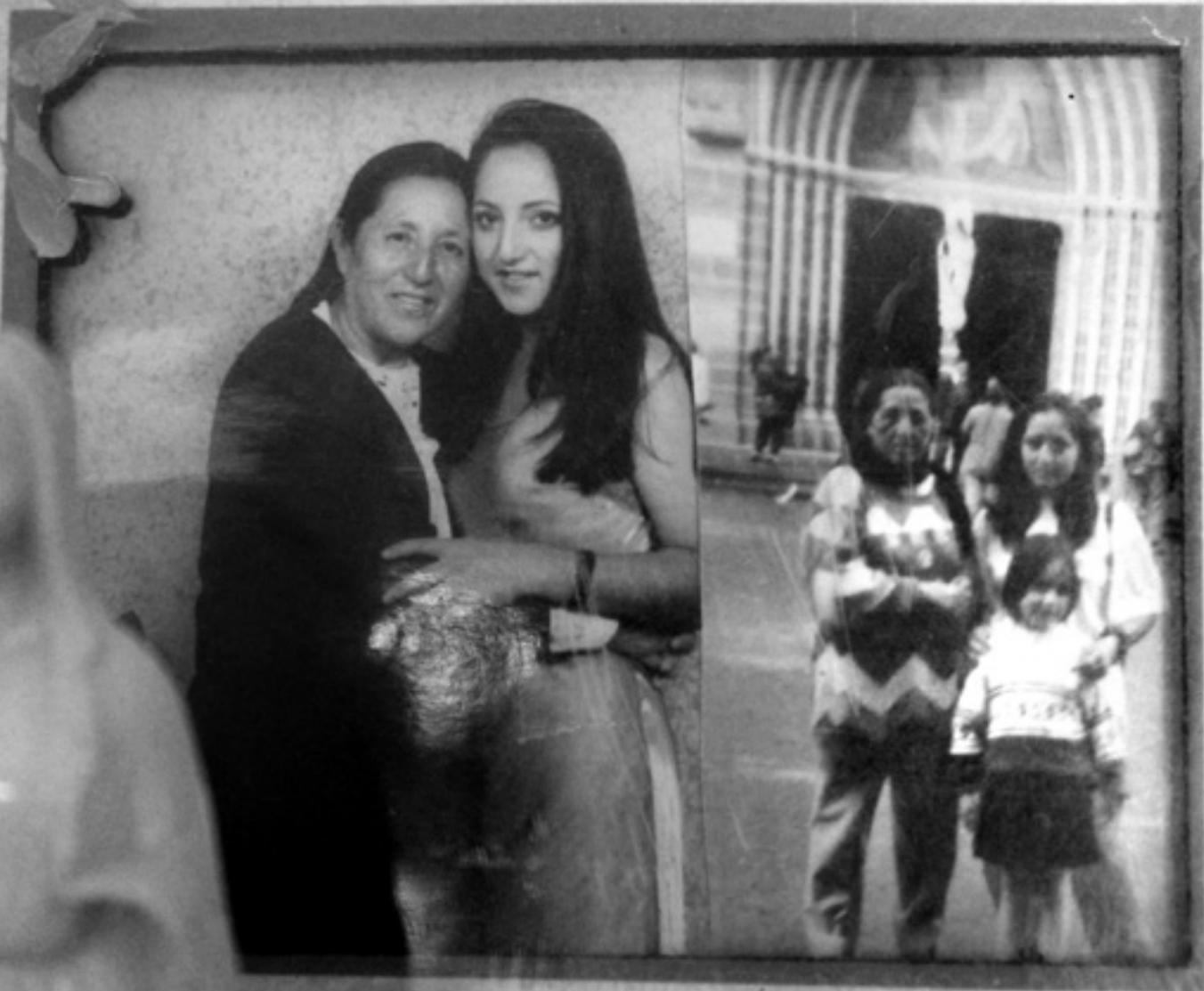
# Antes de venir a esta casa dentro del hospital, me tuvieron en el pabellón

Magdalena Estrada

**NO RECUERDO EL AÑO QUE ME TRAJERON** al hospital. Tenía 45 años cuando llegué y llevo 20 años viviendo aquí. Mi nombre es María Magdalena Estrada y tengo 66 años. Nací en 1948 en la Provincia de Bolívar, tuve siete hijos de los cuales uno murió. Le dio diabetes porque también tuvo lo que llaman ahora la enfermedad de Hansen.

Mi hijo tenía 18 años cuando se la detectaron. Lo recuerdo encerrado en un cuarto oscuro. Fue aceptado como paciente de aquí, del Gonzalo González. Se quedó entre tres o cuatro años. Luego se fue, se casó e hizo su familia. Vivo sola aquí aunque mis otros hijos aún viven.

Me daban fiebres altas y picazón en las canillas, aunque no mucho. Yo ya tenía unos malestares que empeoraron a raíz de que murió el papá de mis hijos. Estas cosas comienzan y se desarrollan rapidito. Yo tenía unas manchitas moradas y le conté a César, mi esposo. Pero no me dolía nada, nada. Sólo estaban las manchitas. Yo lloraba porque ya se nos había acabado el dinero y mi hijo entonces dijo: “Mamita, voy a vender los animales para llevarla al doctor”. Y ahí fue que me detectaron la enfermedad. Me hicieron exámenes, me diagnosticaron y me dijeron que había un hospital donde me podían curar. Para entonces ya tenía algo de familia aquí en Quito.



2. 20

6. 2000

Recuerdo haber venido con mi hija de 11 años. Ella vino a estudiar el colegio y la universidad. Vivía conmigo pues no era posible que la dejara sola en una ciudad que no conocía. Entonces apareció mi otra hija, la primera. Ella se había ido de la casa con un hombre y se casó, aunque no estoy segura de que fuera así, y se fue a Guaranda. De allá, la enviaron para acá.

Cuando yo llegué al hospital, aquí vivían muchas personas, entre 40 y 60. No sé bien, pero éramos bastantes. El hospital era medio viejito y después lo reconstruyeron. La gente era muy amable con el que llegaba, de eso sí me acuerdo. En aquel entonces, el director era un doctor Garzón. Pero yo no sabía nada acerca del hospital, ni por qué se había creado, ni para quién. Doña Margarita me contó que fue especialmente creado para pacientes de lepra. En general nos trataban bien. Cuando llegué, tenía fiebre, pero con el medicamento que me dieron se me pasó. Las enfermeras nos traían la comida a los más enfermos, y cuando estábamos bien, nosotros mismos nos teníamos que servir. Los médicos siempre nos daban la medicina y venían a vernos los lunes, miércoles y viernes.

Mucha gente se ha muerto ya, diez por lo menos, desde que yo estoy aquí. Siempre es triste ver que un compañero muere, como el caso de la señora Rosita. Nos llevábamos tan bonito. Se murió de cáncer, creo. Tenía bastante cercanía con ella, era muy buena, nos llamábamos para hacer cualquier cosita. Otras personas se han ido, como la señora Meli y también la señora Lucrecia. Ellas se fueron porque tenían su familia afuera. Por eso, ahora ya no obligan a la gente a vivir aquí; sólo un mes o hasta dos meses y medio, hasta que mejoran y luego los mandan a sus casas.

Vine porque me salieron unas ronchas en las rodillas y en las piernas, que empezaron a abrirse. “Lepra”, me dijeron que era. Así le decían antes: “lepra”, no “Hansen”, como ahora. Al venir al hospital, mi mamá murió. Mi papá también murió luego, pues estuvo muy enfermo. Mis hermanos ya vivían aquí en Quito. La casa que yo tenía, prácticamente se destruyó porque mi último hijo se quedó cuidando a los animales. Pero claro, no lo podía dejar porque era muy pequeño. Vino entonces aquí por un año o dos. Luego se fue a trabajar. Mi hija también vino. Ella trabajó, estudió y terminó el colegio y la universidad. Mi hijo estuvo conmigo pero luego no supe qué hacía para vivir. Antes de venir a esta casa dentro del hospital, me tuvieron en el pabellón.

Con la señora que vivía aquí, en la casa, hicimos amistad. Ella se fue y me dejó la casa a mí. Aquí tengo sólo unos meses. Mis hijos me ayudan. Poco, poco, pero lo hacen. Aquí algunas personas ya reciben el bono de la pobreza pero yo todavía no. Yo sabía que las personas que tienen más de 65 años pueden ya cobrar. Antes de venir aquí al hospital yo vivía en mi tierra y teníamos un terreno. Luego, los hijos se repartieron el terreno, lo vendieron. Ahí sembrábamos granos para comer.

Yo me casé de 18 años. Mi esposo era mayor que yo, como unos tres años. Él era comerciante de ganado, iba a Guayaquil con las cabezas de ganado. Cuando me cortejaba, él tomaba licor y como yo no lo aceptaba, él decía: “Me voy a matar porque usted no me quiere”. Yo le decía que no porque no se puede ser tan fácil; ahora son tan arrebatadas. Después de insistir tanto tiempo, lo acepté. Él solo no podía llegar a mí, me enviaba cartas, pero él no podía ni escribir, yo creo que unos amigos le escribían las cartas. No conservo esas cartas, ya se perdieron.

Él me repetía: “yo la quiero”. Y luego de los tres años que pasó insistiendo, fuimos novios por un año. Antes que él, claro que me pretendían otros, pero no así como para un compromiso. Por eso yo he criticado siempre a la gente que en un Jesús, como se dice, ya aceptan y están en cuestiones mayores. Mejor hay que conocer a la persona y de ahí comprometerse. En mi casa me preguntaban si estaba enamorada, pero yo decía que no porque, la verdad, estábamos conociéndonos todavía. Papá oía cuando él me traía serenos y se enojaba. En los serenos me cantaba canciones como *El collar de lágrimas* o una canción que se llamaba *Paloma blanca*. Él me cantaba algunos pasillos en los serenos. Y mi padre, aunque se enojaba, tenía que aceptar.

Nos casamos en San Gabriel. Tuve siete hijos con mi pareja. Él no tuvo la enfermedad, pero tomaba mucho y viajaba. Una vez que estuvo borracho, se mojó y se enfermó. Luego murió de cáncer de la próstata. Mi hija tenía cinco años cuando mi esposo murió. Era la menor. Yo tuve mi primera hija a los 20 años. Al venir aquí dejé a mi hijo José trabajando con un sobrino, mi otro hijo se quedó en la casa, era el más chiquito. Mi hijo Julio se fue al Oriente y mi hijo Marcelo se casó.

Cuando llegué, a mi hijo Marcelo le detectaron el Hansen. Le salían unas ampollas como si se hubiera quemado y luego se le reventaban. Él tenía 18 años. Me decía:

—Mire, mamá, como si me hubiera quemado.

—¿Cómo puede ser que se queme todo su cuerpo? —decía yo.

Después tuvo fiebre, hemorragias y no había vacunas. Cuando llegó aquí ya vivían mis hermanos en Quito. Ellos lo internaron aquí. Él era bien querido por mi papá porque era el primer nieto. Cuando llegó, él ya había salido. Vivió aquí unos tres años. Aquí él no tuvo pareja. Por ahí debe de haberse buscado la muchacha que tenía. Ella también iba al colegio y se fue con él. Luego me dieron un primer nieto y después de eso se casaron. Él se casó a los 20 años y murió a los 39. Su esposa nunca volvió a casarse. Él fue el único que tuvo Hansen. Pero los médicos nunca me dijeron si era un problema genético.

Mi vida de pareja tuvo buenas y malas etapas, de todo. En el matrimonio no hay vergüenza, me dijeron. Claro, porque uno se pelea y se reconcilia. Incluso, él tuvo una hija con una mujer casada mientras estuvo casado conmigo. Hay mujeres que ellas mismas buscan. Parece que ella empezó provocándolo y, para que no dijeran que no era hombre, aceptó estar con dos mujeres. Eso nos causó problemas. Peleábamos por ese motivo. Siempre discutíamos, pero él seguía con ella. Él nunca llegó a vivir en el hospital porque ya había fallecido cuando vine aquí. Cuando llegó, no había restricciones para tener pareja. Ahí estaban por ejemplo la Rosita con el Miguel.

Mis nietos vienen a visitarme; mi hija también. Es una mujer buena, pero a su hijo le dio diabetes y por eso murió. Le dio un infarto. Ahora que estoy ya mayor, no espero nada más. Quisiera hacer más pero así con achaques ya nada puedo hacer. Sin embargo, yo deseo que el hospital se conserve. Porque la gente cree que hay unos pocos enfermos. Pero hay más gente enferma. Y también me interesa que se sepa acerca de las personas que han vivido aquí. Pero los muchachos que usan drogas y que ahora viven aquí no nos ayudan mucho.

Yo solicitaría al gobierno que mantuviera el hospital, que continuara, por la gente, porque no es que se haya acabado la enfermedad. Me pregunto qué podríamos hacer para que nos prestaran atención a nosotros también, porque somos personas y tenemos derechos.